

# La misión evangelizadora hoy: fundamentos bíblicos

Néstor O. Míguez

*Resumen:* Este artículo, originalmente la segunda parte de mi aporte al libro *Misión y educación teológica*, es un intento por fundamentar bíblicamente lo que entendemos por la misión de “proclamar las buenas nuevas” en el contexto latinoamericano hoy. Ello nos lleva a incursionar en textos que no siempre se han usado como textos de misión, asumiendo también una visión que debe nutrirse del Antiguo Testamento, mostrando que la fe cristiana debe asumir también las misiones encomendadas a la humanidad toda y al pueblo de Israel. En ese sentido entendemos que la misión de la Iglesia (que existe en “las iglesias”) incluye el cuidado de la creación, la preservación de la identidad de los pueblos, el sentido profético de la justicia tanto como la proclamación del tiempo mesiánico y la irrupción del Reino.

Sobre la base del trasfondo y contexto presentado en el artículo anterior (ver en esta misma página) es que asumimos la tarea de pensar nuevamente el mandato misionero desde las páginas de las Escrituras. Sin embargo, dado los límites de este capítulo y de su objeto, no haremos un examen detallado de todos los textos que han sido objeto de estudio, especialmente aquellos que más frecuentemente han sido usados en este sentido. Una lectura atenta y crítica de estos textos puede encontrarse sin duda en esa verdadera enciclopedia de las misiones que es la obra de David Bosch<sup>1</sup>. Por eso, sabiendo los sesgos de las anteriores lecturas bíblicas, nos proponemos una aproximación distinta, que pueda ser válida para la actualidad de nuestro continente pero también servir de apertura a un diálogo con otros contextos y situaciones en las cuales la actual globalización nos obliga y ayuda a interactuar.

Leer la Biblia como texto misionero y ver a la fe cristiana como una fe misionera hoy supone, pues, mirar también la problemática que afecta, en un mundo globalizado, de distintas maneras, a nuestros pueblos y también a muchos pueblos más, diría al *oikoumene* en su conjunto. Esa será nuestra guía de lectura, que nos lleva a ver el fundamento bíblico de la misión. Pero esto también implica prestar atención a textos que pocas veces han sido considerados como textos misioneros, y rescatarlos como anuncio y compromiso evangélico. En ese sentido hemos de revalorizar también textos veterotestamentarios como indicadores de la misión.

Procuraremos en esta sección señalar alternativas de interpretación y algo de las polémicas que surgen de las diversas hermenéuticas en cuanto a los textos denominados “misioneros” y otros que no han sido leídos en ese sentido, pero que en la presente circunstancia podrían ser visualizados de esa manera. Seguimos sosteniendo que la misión cristiana y el mensaje evangelizador se deben apoyar en una hermenéutica bíblica que relacione los contextos históricos y actuales de la praxis cristiana con los mandatos escriturísticos, que deben ser constantemente revisados, reinterpretados, resignificados en función de los desafíos, llamados, vocaciones y necesidades del pueblo en medio del cual y a través del cual han de proclamarse.

## Primera tarea misionera: cuidar la creación

¿Es la misión cristiana distinta de la misión encomendada a toda la humanidad? La primera observación crítica que sugiere la experiencia de ser un continente misionado, es que se ha entendido la misión como algo que los cristianos proponen “para” el resto de

---

<sup>1</sup> Ver nota 3.

la humanidad. Pero, ¿es esto realmente así? ¿No es acaso la tarea misionera de la fe hacernos más humanos, para poder cumplir en plenitud con nuestra vocación humana, y no para distinguirnos, por oposición, del mundo al que Dios ama? Vale así considerar la primera misión, encargo, que nos proviene de Dios y que es dirigido a la humanidad en su conjunto. ‘Entonces dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra”. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: “Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Gn 1:26-28)<sup>2</sup>.

En el segundo capítulo del Génesis se vuelve sobre el tema de la creación del hombre. Allí el ser humano (*adam*) es creado desde la tierra (*adamah*) –Gén 2:7. *Adamah* es el femenino de *adam*, hombre en tanto humanidad. Esta conjunción lingüística, Adam /*adamah* marca el primer “par”, la primer “pareja”: el ser humano y la tierra. El idioma hebreo tiene dos palabras para tierra: *adamah*, que indica la tierra fértil, la tierra en tanto productiva (es la que aparece, por ejemplo, en Gén 1: 25). La otra palabra es *heretz*, que significa la tierra en tanto territorio, en tanto lugar (Gén 1:26) –eventualmente también desierto. El ser humano es creado desde y en conjunción con la tierra productiva. Luego, completada esa parte de la creación el ser humano (Adam) es invitado a trabajar el huerto (Edén) en el cual Dios lo coloca (2:15). El pecado posterior hará que ese trabajo no sea siempre productivo. Sin embargo, seguirá siendo la tierra fuente de alimento y espacio para la vida. El ser humano y la tierra conformarán una pareja que se corresponde como co-creadora con Dios.

Es decir, que la primera misión divina al ser humano se establece en el mismo hecho de la creación y nos obliga a vincularnos responsablemente con el conjunto de lo creado. Somos conscientes de los abusos a que ha llevado una comprensión desmedida de los verbos “señoread” y “sojuzgad” que aparecen en Gén 1:28, que se ha entendido como una ilimitada explotación, y la naturaleza como “recursos”. Los pueblos originarios de lo que hoy llamamos América tenían un respeto y cuidado de la tierra y sus productos que les permitía “señorear” sin destruir, porque veían en la “Madre Tierra” –Pachamama en el ámbito andino– la fuente de vida que la deidad les proveía. Esa conjunción ser humano/tierra no era visto en términos de dominio sino en términos de una armonía creativa, como en el segundo capítulo de Génesis. Pero el cristianismo, a este respeto y atención devocional a la tierra, lo llamó superstición, lo demonizó, lo prohibió y persiguió. A cambio propuso una voraz explotación depredadora de recursos y una desatención criminal (y ahora vemos suicida) a la integridad de lo creado. La misión emprendida de espaldas a la realidad de la naturaleza terminó negando el mandato bíblico de cuidar responsablemente de ella y de darles a todos y todas acceso a sus bienes.

No por ello deja de ser la naturaleza fuente de alimento para toda la humanidad (Gén 1:29-30), no solo para los que tienen dinero y gobiernan los mercados. Por cierto que los textos bíblicos reconocen la hambruna, las plagas, la destrucción de la naturaleza. Pero en todos los casos esto se debe, bien que a la propia actitud de los hombres, o a la ira divina provocada por la desobediencia. Pero la bendición de Dios siempre trae abundancia y saciedad para todos y todas. Los profetas veterotestamentarios incluyen en sus visiones la esperanza de una tierra redimida de sus sufrimientos y violencia. Isaías

---

<sup>2</sup> Las citas bíblicas son tomadas de la versión Reina Valera 1995 (RV95), de Sociedades Bíblicas Unidas, salvo indicación en contrario.

anuncia un tiempo donde la naturaleza, incluso la animal, se encuentra reconciliada (Is 11:6-9 y 65:25), y más adelante proclama la fertilidad de los sequedales, la abundancia que brota del desierto (Is 43:20; 53:3). La visión del Apocalipsis muestra, por un lado, la parcial destrucción y envenenamiento de la tierra (Ap 16), pero a la vez la promesa de su renovación como parte de la acción redentora de Dios (Ap 22:1-2). También Pablo, en la carta a los romanos nos recuerda que la creación toda “ha sido sometida a esclavitud de vanidad”, pero a la vez “aguarda ardientemente la libertad gloriosa de los hijos (e hijas) de Dios” (Rom 8:20-22). La posibilidad y responsabilidad de compartir y prolongar la tarea creacional nos pone en el camino del cumplimiento de la voluntad divina. Ser testigos y agentes de su liberación es parte de nuestro “ser hijos e hijas de Dios”. Y no puede haber otro fundamento para la misión que no sea el de obedecer y dar cumplimiento a la expresa voluntad de Dios.

En el mundo de hoy, donde la irresponsabilidad por la creación pone en jaque a la totalidad de la vida del planeta, donde la acumulación desmesurada, el desperdicio grosero y la desigualdad en el uso de los recursos hambrea a gran parte de la humanidad, deben leerse estos versos del Génesis y la anticipación profética, así como el mensaje evangélico como parte de nuestra misión.

Pero el cuidado de lo creado no depende solo de algunos creyentes iluminados. Nada puede hacerse sin la conciencia de todos los participantes del género humano, sin la colaboración y los acuerdos de los muchos, incluso y especialmente de quienes más tienen, más consumen y más derrochan. Esto nos obliga a pensar que no hay una misión “desde” la Iglesia “hacia” los no creyentes sin que sea necesario comprender que, simultáneamente, hay una misión de la Iglesia “con” el conjunto de la humanidad. La misión hoy, en esa primera tarea dada de cuidar de la creación, nos impulsa a buscar formas amplias de cooperación (el diálogo interreligioso incluido) que tengan en cuenta la necesidad compartida de cuidar y sostener esta casa común que habitamos.

## ***La creación de un pueblo***

Le tocó a Noé, por mandato divino, ser el que rescatara la vida animal y humana de la misma ira de Dios (Gén 6:12-22). Y a partir de él, según el relato bíblico, se multiplican los pueblos de la tierra ‘por sus familias, por sus lenguas, en sus tierras, en sus naciones’ (Gén 10:31-32). Cuando esta pluralidad se vio amenazada por el proyecto imperial de la Babel de Nimrod, es Dios mismo quien interviene para asegurar esta multiplicidad de expresiones de la vida humana (Gén 11:1-9; cf con Gén 10:8-10)<sup>3</sup>. Las genealogías continúan para llegar a la formación de un nuevo pueblo a partir de Abram. La misión particular dada al patriarca culmina en una sentencia de proyección universal: ‘y serán benditas en ti todas las familias de la tierra’ (Gén 12:1-3). En este pueblo debía reflejarse la voluntad salvífica de Dios hacia todos los pueblos.

Nuevamente, la comprensión de la elección de Israel resultó ambigua y se prestó a abusos. La misma historia bíblica muestra los desvíos y desvaríos en que incurrió Israel, no distintos de los que afectaron a otros pueblos. Pero si nos atenemos al mandato abrahámico, el sentido de este llamado y de esta misión es la de mostrar el camino de la

---

<sup>3</sup> Para ver una interpretación del relato de Babel no como castigo sino como acto liberador de Dios, consultar mi artículo: “Comparative Bible Study. Genesis 10-11: An Approach from Argentine.” en *Scripture, Community and Mission: A Festschrift in Honor of D. Preman Niles*. P. Wickeri (ed.), (Hong Kong: The Christian Conference of Asia and the Council for World Mission, 2002. También en castellano: “Un acercamiento a Génesis 10-11 en diálogo con el pueblo Qom”. En *Vida y Pensamiento*, San José, Costa Rica, 2002. (también publicado en esta página).

identidad de un pueblo, la lucha por conservar su fe, su lengua, sus familias, aún sus tierras. ¿Es esta voluntad de Dios hacia Abraham opuesta a la voluntad divina hacia los otros pueblos? ¿Es que Dios quiere para Israel lo que ha de negar a los demás? El mismo Pablo, según Hechos, afirma que es la voluntad de Dios la vida de todos los pueblos, y una vida gozosa: 'En las edades pasadas él ha dejado a todas las gentes (*ethne*, naciones) andar en sus propios caminos; si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones' (Hch 14:16-17). La salvedad que deja anotada es que reconozcan que esto les es dado por el Dios creador y no por los ídolos mitológicos (Hch 14:15).

La misión abrahámica, la de ser un pueblo de bendición en medio de los otros pueblos, pasa a su descendencia, incluso a quienes somos hijos de Abraham por la fe (Gál 3:6-8, donde se cita el texto de Génesis 12:3). La fe cristiana no busca anular la identidad de los pueblos, sino al contrario, construir una referencia mesiánica al interior de cada pueblo, que actúe como dato renovador, como fuerza potenciadora de su propia dignidad humana. No es su misión disolver a los pueblos en una unidad sin identidades, sino conformar un "pueblo de pueblos", donde todos se reconozcan en su diversidad y también en su mutua correspondencia solidaria.

Este dato será parte del diálogo de Dios con la humanidad. En el libro del Apocalipsis se alaba al Cordero degollado pues 'con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación' (Ap 5:9; ver también Ap 14:6). Pero ello no disuelve las identidades, ya que aún a la Nueva Jerusalén llegan las naciones y sus reyes (Ap 21:24). El anuncio paulino de que 'ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús' (Gál 3:28) no es la disolución de los pueblos sino de las jerarquías, como permite apreciar el paralelo entre esclavo y libre o varón y mujer. La unidad en Cristo no desconoce la diversidad de las culturas: la afirma en la solidaridad de un amor sin asimetrías. Y la misión de la Iglesia debe reconocerlo así, de manera de hacerse judío a los judíos y griego a los griegos (1Co 9:20-22).

La experiencia de los pueblos originarios de América (cosa que es extensiva a otras situaciones) es que la misión cristiana resultó en un desprecio cultural, en una dilución de identidades, cuando no directamente, como en nuestro caso, un genocidio, el más cruel en la historia de la humanidad<sup>4</sup>. Sin embargo, la fe cristiana logró arraigarse dando paso a un cristianismo "sincrético", muchas veces condenado por las mismas misiones que habían traído el cristianismo, y otras veces cooptado desde un afán de dominio. Así, los pueblos del continente fueron a la vez deformados y conformados por la invasión cultural proveniente de Europa, con su ropaje cristiano. Se establecen a la vez como unidad y división, como encuentro y tensión, como obligada convivencia y dramática conflictividad.

Con el tiempo, el Evangelio generó en los pueblos del continente un sentido de lucha por la propia dignidad, dando pie a teologías vernáculas con un sesgo liberador. La lectura popular de Biblia sirvió de espacio de renovación tanto desde el ámbito Católico Romano como en sectores evangélicos. Nuevos sujetos interpretantes, indígenas, campesinos, afrodescendientes, el aporte de las lecturas feministas latinoamericanas

---

<sup>4</sup> Se calcula que la población de las Américas, el desembarco de los europeos, era de aproximadamente 90 millones de habitantes. En el lapso de una generación quedó reducida a la mitad. Para una historia de este continuo genocidio demográfico y cultural ver Eduardo Galeano: *Las venas abiertas de América Latina*.

iluminaron desde sus experiencias otras interpretaciones de las Escrituras<sup>5</sup>. La lectura de la Biblia adquirió un nuevo sentido, y desde los pueblos subalternizados sus palabras impulsaron una nueva comprensión de la misión. Los creyentes desde sus comunidades revalorizaron su misión en la sociedad, como parte de sus pueblos, y afirmaron así una dimensión misionera que los comprometía en su entorno inmediato, aportando a la construcción de sus pueblos, y “siendo bendición para todas las naciones”. Incluso se ha dado la situación en que a partir de un proceso de toma de conciencia iniciado en las iglesias cristianas, se han dado rupturas con el cristianismo en la búsqueda de una recuperación de las identidades ancestrales, también en el plano religioso.

Si hay una misión compartida con toda la humanidad en el resguardo de la creación, hay también una misión que se realiza en el reconocimiento de la diversidad de culturas, en la construcción de los pueblos. No como “pueblo cristiano” sino, en un sentido más amplio, como “pueblos de Dios”. La construcción de un pueblo (o su reconstrucción), es una tarea “política”, en el sentido más profundo de la palabra: la generación de una “polites”, de una ciudadanía que permita la expresión de su forma de ser humano. Es decir, de su manera particular de insertarse en la historia, de vivir su libertad. En ese sentido, la misión cristiana es una misión “política” en cuanto debe participar, desde su visión, en la tensión creadora que configura toda dimensión popular.

### ***Justicia para los pobres***

En su enciclopédico trabajo sobre la misión, D. Bosch señala que ‘en años más recientes, no obstante, otro pasaje neotestamentario ha llegado a ocupar un lugar prominente en el debate sobre el fundamento bíblico para la misión, a saber, la versión de Lucas del sermón dado por Jesús en la sinagoga de su pueblo natal de Nazaret, donde se aplica a sí mismo y a su ministerio la profecía de Isaías 61:1 s. [...] especialmente en círculos conciliares y de la teología de la liberación, Lucas 4:16-21 ha reemplazado, en términos prácticos, a la “Gran Comisión” de Mateo como texto clave para comprender no solo la misión de Cristo sino también la misión de la Iglesia’.<sup>6</sup>

Si bien, como señala Bosch, el texto Isaías es un texto clave en ese sentido, no es un texto aislado en la visión de los profetas veterotestamentarios. Los más antiguos profetas una y otra vez vuelven al tema de la justicia. El mismo Isaías, Miqueas, Amós, Jeremías nos nutren de fuertes mensajes en ese sentido, con sus denuncias de ambición desmedida, de corrupción, de acumulación y lujuria irresponsable, del olvido del prójimo pobre y de la responsabilidad hacia la viuda, el huérfano, el extranjero. Si bien por un lado, como señalamos, Israel aparece como un pueblo destinado a mostrar el camino de redención, por otro lado se ve rasgado por las divisiones que en su seno provocan las injusticias, la opresión, el abuso de los poderosos.

Los pueblos son, vale la pena recordarlo, unidades en permanente tensión, donde se muestra la bendición de Dios pero a la vez se verifican las arbitrariedades y las exclusiones. En esas condiciones aparecen quienes levantan la voz del reclamo de la parte de los que no tienen parte, del despojo al débil, la denuncia de la práctica opresiva, de la desmesura del poder. Esa fue la misión de los profetas en Israel. La sociedad no es

---

<sup>5</sup> Así surge el movimiento de “Lectura popular de la Biblia”, que dio pie a una hermenéutica de raíz popular. El primer ejemplo de ello publicado en forma de libro (antes hubo folletos y boletines) fue la recopilación del poeta nicaragüense Ernesto Cardenal: *El Evangelio en Solentiname*.

<sup>6</sup> D. Bosch: *Misión en transformación*, 113-114 de la edición en español.

un todo uniforme al que hay que predicarle una religión que la unifique y contenga: es un conjunto complejo donde se exhiben también las consecuencias del pecado de idolatría, de la soberbia, de la usura y el desamor. Es una realidad a ser transformada por el mensaje y la acción. Y Dios inspira a sus profetas en ese sentido.

Pero, para transformar, la denuncia no alcanza. No hay resistencia al fuerte que se sostenga sola, si no es fortalecida por una esperanza, por un sentido creativo de la propia vida. No hay resistencia que se sostenga si el dolor no encuentra un horizonte de consuelo. Así, la misión y vocación del profeta, como fue la de denunciar el culto vacío y predecir el castigo, es también la de aportar consuelo (Is 40:1-2). Esa tarea de denuncia y consuelo se completa con el compromiso de la justicia y el anuncio de la liberación. El mismo Isaías es un ejemplo de estas tres dimensiones de la vocación profética, de estos tres llamados de Dios, como facetas de la misión: denuncia de las injusticias (especialmente caps. 1-12), la palabra de consuelo que renueva a un pueblo angustiado (caps 40-55) y el anuncio de tiempos de restitución para los pobres, oprimidos, encarcelados, los que padecen, como se muestra en los capítulos finales del libro, especialmente en el texto citado por Jesús. Esa misión profética es la que asume Jesús en su prédica en Nazaret y es de alguna manera el fundamento de la misión de la iglesia como continuadora de la misión de los profetas de Israel y del propio Jesús.

Así, una nueva dimensión misionera surge del mensaje bíblico: la transformación de la vida social a partir del reclamo de justicia, de la buena noticia que pone esperanza en el hambre de los pobres, libertad en la angustia del oprimido, luz en los ojos del ciego y andar firme para los que tambalean. La fe en Cristo afirma que esto tiene cumplimiento en la presencia de la comunidad mesiánica, que asume así la suerte de los desafortunados, comparte la lucha de los desterrados, y procura la libertad de los cautivos. Nuevamente en ello no está sola: desde una diversidad de creencias y posiciones de vida también asumen esa lucha multitud de personas, organizaciones, otros sectores religiosos, hombres y mujeres de buena voluntad que han descubierto que la solidaridad nos hace más humanos.

### ***Testificar de la presencia mesiánica***

¿Cuál es, entonces, la misión de la iglesia, el sentido propio de la fe cristiana? Aquí nuevamente el testimonio bíblico nos orienta a partir de la misión de Jesús: ‘Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio’ (Mc 1:14-15). En la cita profética de Isaías la misión que asume Jesús es ‘predicar el año agradable del Señor’ (Lc 4:19). La presencia del Cristo de Dios irrumpe en la historia humana, la asume y modifica, la penetra y la transforma. La vida de la humanidad ya no es el simple discurrir de los siglos. Algo nuevo ha ocurrido, pero que no es nuevo por novedoso sino nuevo porque trastoca todo lo anterior.

El tiempo ya no es lineal: el Reino de Dios ya no espera al final del camino: el futuro se nos aproxima, lo absoluto asume lo transitorio (el Verbo se hizo carne, Jn 1:14), el tiempo está cumplido y el reinado de Dios se ha hecho presente. Pero no como fin que acaba con la historia (y por lo tanto con la libertad) humana, sino como presencia en medio de la historia que posibilita y estimula esa libertad ‘con que Cristo nos hace libres’ (Gál 5:1); el Reino se anuncia, entonces, no como lo último sino como lo eterno que dinamiza el tiempo de lo inerte, el tiempo como continuo sin rupturas, el tiempo “normal” de la dominación. El corte, lo impensado esperado, el anticipo, está en nosotros: ‘nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en

esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo?’ (Rom 8:23-24).

Es esta esperanza de un tiempo nuevo se vive por la presencia crítica del Espíritu, del cual somos anticipo (2Co 5:5). Ese tiempo que coexiste y a la vez se diferencia del tiempo cronológico es lo que anunciamos y vivimos: ‘De modo que si alguno está en Cristo, nueva *creación* es<sup>7</sup>; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas’ (2Co 5:17). Ya somos esa nueva creación, una nueva humanidad creada según Dios en la justicia y santidad de la verdad (Ef 4:24). De esto somos testigos y esto anunciamos; no se trata, pues, de adherir a una determinada visión (y menos aún a una institución) religiosa. Se trata de integrarse en esa nube de testigos que por su vida y su palabra se comprometen con un tiempo nuevo que atraviesa todos los tiempos, de una nueva creación que crece dentro de la antigua. No es el progreso humano de la “misión civilizadora” del cristianismo liberal; es el corte interno a toda cultura: el evangelio produce un cierto quiebre, una discontinuidad en las culturas; el evangelio aporta una nueva visión, no como momento de dominación sino como crítica interna a la luz del mensaje de la cruz y resurrección del Mesías. Son los anticipos inesperados que prefiguran el Reino, pero que, por eso mismo, cuando intentan perpetuarse en el tiempo y hacerse autoridad histórica, lo niegan. Es el oído atento al grito del excluido, al clamor del esclavizado, al herido que está al costado del camino: es la tarea de acompañarlo, de vendar heridas y cuidar, de restituir al despojado, porque de esa manera participamos en la misión de Dios (Lc 10:30-37).

La misión de la Iglesia es, entonces, desde esta lectura de las Escrituras, el ser testigos ‘hasta lo último de la tierra’ (Hch 1:8) pero no ya solo en el sentido geográfico, sino en el sentido de buscar la inclusión de los excluidos, como lo hace el Señor de la viña en la parábola de la justicia divina (Mt 20:1-16). Es la renovación de nuestra mente para que, separados de los esquemas que dominan este mundo, conozcamos la recta voluntad divina (Ro 12:1-2). La fe que somos llamados a proclamar hasta el fin de los tiempos porque el Cristo está con nosotros, aquella en la que tenemos mandato de discipular y bautizar (Mateo 28:16-20) no se hace desde la iglesia como poder institucional o desde la arrogancia del que se cree recto sino, como aquellos once enviados primero, en el compartir cotidiano que cruza los tiempos “normales” de la dominación con el tiempo mesiánico que anticipa el Reino, y que invita a todos y todas a participar y anticipar la nueva creación que redime nuestros cuerpos.

### ***La misión: sumatoria de mandatos***

Muchas veces se ha pensado que cada nueva misión significa desconocer las anteriores, que cada nuevo mandato clausura una etapa, deja atrás un tiempo y supone un comienzo sin continuidades. Sin embargo el ministerio de Jesús, como modelo de la misión de Dios encomendada a la humanidad y a su iglesia, resulta de asumir cada uno de los mandatos anteriores e integrarlos en la proclamación. Jesús, como el Cristo de Dios, dialoga con la creación toda (‘¿quien es este que aún el viento y el mar le obedecen?’, Mc 4:41), busca restituir a su pueblo (‘No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel’, Mt 15:24), procura justicia a los pobres y alimenta al hambriento (2Co 9:9-10), es en sí mismo la presencia del Reino mesiánico.

---

<sup>7</sup> La RV95 traduce aquí “criatura”, sin embargo la palabra griega *ktisis* debe traducirse como creación. La idea de Pablo no es que cada creyente individual es una nueva criatura, sino que quien está en Cristo participa de un todo nuevo, de una renovación total de lo creado.

Una lectura de toda la Biblia, y no solo una selección de pasajes como “textos misioneros”, abre el horizonte de la misión y compromete en una tarea total. Así, la iglesia es llamada a participar activamente con el conjunto de la humanidad en la misión del cuidado de la creación, a reconocerse como parte de la obra del creador, pero a la vez como responsable de la casa común que habitamos. En cada lugar, la misión cristiana reconoce la identidad y dignidad de cada pueblo y cultura, participa de su vida y alienta su dignidad, afirma su derecho a su tierra, a sus lenguas, a sus familias y organización como nación. Y en cada contexto una comunidad misionera se identifica y hace suyo el clamor de los pobres, entendidos no solo como los que viven la penuria económica, sino de todos las mujeres y varones, niños y niñas que sufren en el prejuicio, en el abandono, en el hambre calculado, en la violencia de las “víctimas colaterales”, en los despojos de todo sistema opresivo. Y así anuncia la presencia del Mesías Jesús en nuestra vida, se hace testigo de su reino, descubre entre las oscuras nieblas del pecado que abrume y despoja aquél que es la luz del mundo, sabe de los quiebres de la historia humana, y sabe que esta no llega a su fin por el deseo irrefrenado de los ideólogos del poder, sino que busca su culminación en el Reino que Dios ha prometido, en la eternidad que anticipa en su Resurrección. Así, toda nuestra Biblia se hace testimonio de la Palabra de Dios y sostiene la misión que Dios encomienda a los suyos.

Néstor Míguez

Junio de 2011.